

dad de su importancia, los ensueños de grandeza desvanecida, el oprobio mismo, abortan bajo una densa impermeabilidad de gordura. ¡Empéñese usted en sacar sangre, hiel o rubor a una lonja de tocino!

Pero, al fin, Castro fué herido en lo único que tiene de compasible y respetable. Esto es atroz, por cierto; excita todas las generosidades del perdón. No hay duda, y aquí se siente ya la impersonalidad del destino, que los agentes de ese suplicio ni sospecharon aquella cruel trascendencia. Ellos no buscaban sino un pretexto policial para deshacerse de aquel huésped, a decir verdad «undesirable»; pero lo verdaderamente feroz del acto no estaba, seguramente, ni en sus intenciones ni en su plan. Y aquello, consistente en el coraje de la impotencia que roía a ese millonario rico y enfermo, allá dentro de la celda aislada como por una anticipación de presidio; aquello que ultrajaba en él lo único respetable, era la euménide encarnizada con lo más ruin, con lo más lastimoso y por esto también con lo más oculto de su carne humana: el pobre diablo de su calabozo interior.

Cruel, sí; horrible. ¿Pero, acaso, cuando fué omnipotente, hirió él de otro modo? Cuando ultrajaba al adversario en sus afectos más respetables, cuando lo desesperaba con la ruina, cuando lo infamaba con el grillete, cuando lo fusilaba alardeando soldadescas crueldades: ¿dónde hería sino allá mismo, en lo más delicado de la dignidad y del corazón?

Ahí, pues, es donde clavan los déspotas su garra, como las fieras que nunca tiran a morder sino en los puntos vitales. Y por eso, cuando la euménide los avasalla, es en lo tierno de la entraña donde les mete el pico de buitres que hace renacer aquello mismo que devora.

Es que los hombres y los dioses pueden perdonar, pero no el destino. La justicia de aquéllos perdona, porque también castiga. El destino nada sabe de castigar. Es una expresión de aquella ley de causalidad inexorable, absolutamente inexorable, porque de su permanencia depende la estabilidad del mundo; y como ella consiste en la fatalidad con que toda causa produce su necesario efecto, de ella resulta que todo crimen lleva irrevocablemente implícita la expiación. Por esto el destino, en la mitología de los griegos, era más fuerte que los dioses. Por esto también el perdón de los antiguos no eliminaba la expiación, sino en la parte de que la víctima podía disponer. La ley del destino tiene por cimero el cosmos.

Nosotros, sí, compadecemos y perdonamos, porque en nuestra relatividad, análoga a la del culpable, calcu-

lamos por los nuestros sus dolores. Pero, ¿qué significa ese insecto a la inmensa bola de piedra sobre la cual va rodando, en el abismo de la eternidad?...

Ah, cómo progresa, a pesar de todo, la justicia sobre la tierra. Antes morían los tiranos sin castigo, muchas veces cubiertos de gloria, dejando una duda acobardadora sobre los grandes misterios de la inmortalidad y de la justicia. Ahora no. Duran cada vez menos, caen pronto como los frutos en avanzada madurez, son los derrumbes esporádicos, pero significativos, de la inmensa cosa que viene. Los muertos están cada vez más inquietos. Las tierras de libertad van negando su refugio a esos horribles apestados que son, en efecto, los tiranos caídos. El día que eso se convierta en una cláusula del derecho internacional, que el despotismo sea pasible de extradición como el más grande de los crímenes, habrá sonado una hora memorable. No se hace todavía, porque los gobiernos, representantes del despotismo, son aún demasiado fuertes. Castro ganará, tal vez, su pleito. Ya es mucho que haya debido entablarlo. Maura se extinguirá, probablemente, en la blandura de una opulenta vejez, perdonado todavía por su Dios cristiano, consejero de los pobres y cortesano de los ricos. Más valdrá así. Todo hombre que padece, es, al fin de cuentas, un hermano en desgracia. No hay ventaja ni interés alguno en martirizar al tirano porque éste torturó a la víctima. Semejante brutalidad instintiva pertenece a la barbarie antigua, al dogma de obediencia, al principio de autoridad. La expiación corresponde al destino. A nosotros, los oprimidos de hoy, que no lo somos sino porque el grillo nos aprieta, como vamos tirando de él en la premura de llegar cuanto antes, nos corresponde asegurar la libertad y la justicia para todos, incluso los tiranos cuando las necesiten caídos. Suprimir los amos, todos los amos, desde el autócrata del derecho divino, hasta los fariseos del sufragio universal: he ahí el castigo de paz, de salud, de libertad que infligiremos a esta civilización todavía inicua, consumiéndola en la luz, como a la negra mecha que de estar apagada tizna y hiede. Todo cuanto es inteligente, desde la filosofía hasta la política, comprende, ahora, que debe marchar en el mismo sentido de la inmensa bola de piedra. Tanto peor para los necios que se le pongan delante. Las fieras petrificadas en los cienos antiguos, los dioses convertidos en escombros, la iniquidad progresivamente enterrada en esos códigos cuyo desuso, como la paz de las tumbas significa vacío y ausencia, están revelando en las bibliotecas y en los museos que son, como se dice, «los templos del saber», cuál es el sentido

de rotación de la mole. No importa que tenga ejércitos en la tierra y rayos dogmáticos en el cielo la iniquidad. Más variadas y eficaces fueron las armas de aquellos monstruos; más numerosos y amables fueron aquellos dioses. No importa la terrible majestad de la ley. Temis ha perdido más de una vez sus blancos brazos de mármol. Lo único que no muere, es la euménide que nos habita. Serviles, es víbora que poco a poco nos llena con su ponzoña. Amos, es buitre de bronce que nos devorará tan pronto como dejemos de echarle víctimas. Únicamente libres, aunque sea a costa de la violencia, de la miseria, de la opresión, del dolor, es como se nos vuelve adentro deidad propicia: la divina «Eleuteria», hija del heroísmo. Así, de Epicteto el esclavo, nació Marco Aurelio emperador; procedió, andando los siglos, San Martín el libertador de pueblos. Tales discípulos demuestran el poder estupendo y divino de la libertad. El hombre libre, que a costa del sacrificio enseña a sus semejantes la libertad, no solamente se immortaliza. Cuanto más pasa el tiempo, más y mejor vive. Los que, sí, mueren como los monstruos congéneres, petrificados en su lodo habitual, son esos miserables tiranos, esos siniestros dioses, agentes del dogma de obediencia que representa la barbarie y la iniquidad.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación. Buenos Aires).

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	¢ 0-40
La serie trimestral (9 entregas), pagada por anticipado y solicitada a la Administración...	3-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0 15 oro am.
La serie anual (36 entregas)...	5-00 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

En el próximo cuaderno un sensato artículo político de don Rómulo Tovar, algunos recuerdos de José Asunción Silva, un artículo pedagógico de S. Dewey.